

UNDECIMO TRIMESTRE.

CAPILLADA 229.

10 de marzo de 1840.

FR. GERUNDIO.



LAS TRAGADERAS.



¡Cuántos infelices habrán muerto añuscados, solo por habérseles atravesado en el esófago la espina de un besugo de Asturias ó de un abadejo de Terranova, ó el hueso de una guinda de Aranjuez, ó el de un pavo de tierra de Campazas! Por mi parte puedo decir que en mi vida he llevado

susto igual ni me he visto en mayor apuro que en una ocasión que comiendo en refectorio un plato de bacalao, no á la vizcaina, sino á la frailesca, que es un género de condimento que sólo conocemos los frailes, se me atravesó en las fauces una espina dorsal en tales términos, que aquello era verme abogar por minutos. La sangre se me arrebato á la cabeza, y el rostro se me puso cárdeno y amoratado. Nadie puede tener una idea de cómo se me puso, sino el que haya visto á un hombre batallar con una espina de bacalao en la garganta, ó el que viera antes de ayer en las cortes el rostro de Pidal cuando defendía á Torreno, que no sé yo si habrá en todos los pescados una espina que iguale á una defensa de Torreno.

Suspendieron todos la comida; prueba del gran peligro en que me hallaba, pues suspender los frailes el acto de comer no es una cosa así como quiera: y suspendióse también la lectura, que por cierto estaba el hermano lector en el pasage de Jonás cuando se le tragó la ballena como quien se traga un grano de aóis. Acudieron todos en mi auxilio; uno me hacía pasar una miga de pan, otro un cortezo de lo mas duro, otro me hacía beber un trago de vino, otro de agua, otro me quebrantaba las costillas á cachetes, otro me decía que tosiere con fuerza, y nada alcanzaba; hasta que á Tirabeque (por esto y otras cosas le quiero yo tanto) le ocurrió ir por la vela que alumbraba aquel dia á San Antonio, y llevándola é introdu-





«Se las tiran como ruedas de molino.»
Fr. Ges. Tom. ix., pag. 515.

ciéndola por el gazuato me sacó del aprieto, y me restituyó por decirlo así la vida.

Desde entonces no solo he envidiado á los que tienen las tragaderas anchas, sino que quisiera ser como aquel que se coló lo que vds. saben con aparejo y todo sin sentir. Por eso envidio, yo Fr. Gerundio, á la actual mayoría del Congreso, y mucho más al septenario que compone la comisión de actas. ¡ Alabado sea Dios, y qué fauces tan holgadas deben ser las suyas! Para ellos no hay espina ni huesos en las actas, todo es carne mollar. Vedles, sinó, hermanos míos, ved cómo ahren las mandíbulas (1). Como piedras de molino son algunas de las actas que los pueblos les han dado á tragar; imposible os parecerá que entren por unas bocas, que si bien no pequeñas, no demuestran tener el ámbito suficiente para darlas cabida y hospedage, sin embargo ellos se las tragan sin dificultad. El cómo lo hacen, yo no lo sabré decir, pero el hecho es que se las tragan como ruedas de molino, algunas despues de una pequeña masticacion, otras enteras y como quien se engulle una cucharada de cuajadillas frescas.

Los de la minoría, que aunque tubiera cada uno una boca como un libron, en la presente legislatura se la reducen todos al tamaño de un piñoncito, la cierran, aprietan los dientes, y se niegan á

(1) Véase la lámina que acompaña esta capillada.

tragar las actas. Pero la mayoría les dice:

Trágalas, trágalas,
tu, oposición,
tu que no quieres
su aprobación.

Y se las hacen tragar *velis nolis*, como medicina amarga á niño enfermo. Yo creí que la comisión y la mayoría, siquiera por el bien parecer, cerrarían también las tragaderas á alguna otra acta por aparentar imparcialidad, ya que tantas hay en que poder hacerlo sin menoscabo de la aptitud esofago-mandibular. Pero nada, no se piensa mas que en engullir; yo no sé como han de digerir tanto estos tragadores.

En lo sucesivo en lugar de decir á los niños llorones para hacerlos callar por miedo: «calla, que te come el coco,» debe decirselos; «calla, que te traga la comisión.»

EL CONSERVADOR.

Ni mi Paternidad muy Reverenda tenía noticia de que en Sevilla se publicaba un papel con el título de *El Conservador*, ni probablemente lo sabría hasta ahora nadie que no viva en la calle de la Venérea de Sevilla donde parece que se imprime, ni de él he visto ni pienso ver mas núme-

ros que uno que me ha sido remitido bajo un sobre no sé por quién; en el cual número, no pudiendo ver el pobre *Conservador* con calma y serenidad que en Sevilla lluevan Gerundios, y que no haya persona en edad de comulgar que no lea el Gerundio, y que se hagan allí tantas reimpresiones de los artículos de Fr. Gerundio, (sobre cuyo abuso ya mi Paternidad tiene dadas las órdenes oportunas para poner á salvo el derecho de propiedad gerundiana), dedica todo su artículo de fondo sin fondo á quitar el pellejo á Fr. Gerundio.

Hasta las hormiguitas se quieren meter á personas. Nada pues tengo que contestar al *Conservador-hormiga* sino lo que contestó, me parece que fue el hermano Moratin, á otro *Conservador* semejante.

Tu crítica majadera
de los versos que escribí,
Pedancio, poco me alléa,
mas pesadumbre tuviera
si te gustáran á ti.

Mientras Fr. Gerundio *conservare* su division de suscritores, los cuales si se levantan un dia de humor de acabar la guerra y se ponen á las órdenes del duque de la Victoria, no necesita mas el hermano Baldomero para ocupar el pais enemigo por inundacion, y mientras vea que sus humildes artículos se reimprimen hasta en Stuttgart (1),

(1) Capital del reino de Wurtemberg. En aquella ciudad se han publicado varios artículos gerundianos, con

y mientras vea que corren por Nueva Orleans, y por las demas repúblicas del nuevo mundo; poco cuidado le dan los *Conservadores* de Sevilla. En cuyo concepto, hermano *Conservador*,
alzo la pierna y te orino,
y prosigo mi camino.

AL DOMINGO DE PIÑATA.

Post-data de carnaval,
page de Carnestolendas,
lacayo de los antrujos,
pedisequo de las fiestas.

Coleta de los disfraces,
adicion de las caretas,
contera de travesuras,
postre de las chanzonetas.

Apendice extemporaneo,
corolario de las grescas,
suplemento extraordinario
mas rancio que de Gaceta.

Viagero sin pasaporte,
gerundiano vice-versa,

comentarios criticos que no está en mí el copiar, en un folleto periódico literario, titulado: *Bleccetter zur Kenntniss der Literatur des etuslandes.* = *Hojas para servir al conocimiento de la literatura de los estrangeros.*

anacronismo cristiano,
contrabando de la iglesia.

Tubérculo del ayuno,
tumor de las abstinencias,
escrecencia del cilicio,
lobanillo de cuaresma.

Danzante en función de luto,
paréntesis con careta,
episodio bullanguero,
bufon cómico en tragedia.

Emigrado de la mística,
apóstata de la ascética,
trásfuga del tiempo escuálido,
infiel de la guadragesima.

Embutido eterogéneo,
antítesis pasajera,
escándalo de beatas,
y murmuración de viejas.

Mendizabal de reformas,
Galiano de inconsecuencias,
Perpiñá de los silencios,
Toreno de las miserias.

Domingo de la *Piñata*,
que has entrado en la cuaresma
como faccioso indultado
en las filas de la reina.

Domingo de la *Piñata*,
lo mismo sientas en ella
que estados de sitio en paz,
que leyes de paz en guerra.

Alianza sacro-profana,
fusion en que no creyera,
si tambien no viera aliarse
la Rusia con la Inglaterra.

Nombre de intruso mereces,
mas esto no te dé pena,
que otros intrusos mayores
andan hoy en la palestra.

Pero por fin ya has pasado,
con tus bailes y tus grescas,
con tus rifas y tus bromas,
tus farsas y tus caretas.

Y tambi en fué Fr. Gerundio
á la *piñática* fiesta:

ya que se queme la casa,
justo es calentarse á ella.

Así pasan los abusos
en mi patria *piñatera*,
se conocen y se rien,
se notan y se celebran.

APUNTES

PARA SERVIR Á LA HISTORIA DE LAS PIÑATAS.

Indisculpable apareciera, yo Fr. Gerundio de
Campazas y de Carabanchel de Abajo, indigno
capellan y picapedrero, reseñador imperfecto y

humilde de las costumbres político-sociales de esta descuadrada época nuestra, si dejára de hacer algunos apuntes y curiosas observaciones que puedan servir para el conocimiento histórico de este día anómalo llamado de Piñata, que en los antecedentes versos Gerundiano-Quebedinos acabo de tantos modos de calificar. Porque habeis de saber, hermanos..... hablo ahora con los de las provincias, que este día-noche es acaso, y aun sin acaso, el mas notable y ruidoso de todo el año en Madrid. Porque como es el último de la temporada del movimiento, y *motus in fine*, como dijo el hermano Aristóteles, *velocior est*, el movimiento de Madrid en este día es el mas acelerado que en la mecánica de los movimientos sociales se conoce.

He dicho que fui á la Piñata; y fui, porque mal pudiera un pintor describir y analizar un cuadro con tal cual exactitud, si por sí mismo y con sus propios ojos no lo examinára. Y siento en verdad que la desmesurada afición de este pueblo á las escenas bulliciosas ponga á mi pateroidad tantas veces en la precision de inspeccionarlas; porque temo, á pesar de todas las precauciones, las influencias del contacto, y del «dime con quien andas.» Un pequeño rato que se sentó en una de las últimas sesiones el diputado Perpiñá, acérrimo mayorista, entre Madoz y Camacho, acérrimos minoristas, como se estuviese haciendo una votacion nominal y Madoz digese sí, Perpiñá dijo tambien

al, á pesar de que desde Cataluña traía ya ánimo de decir *nó*, y le costó deshacer despues la equivocacion. Por esta misma influencia del contacto teme mi Paternidad al salir un día á decir *misa*, por tomar los hábitos y el solidéo, plantarse sin advertir un dominó y una careta pensando que el pueblo está otra vez de máscaras.

Dije que haria algunos *apuntes*, mas nunca podré yo hacer tantos *apuntes* históricos como *apuntes* de otra especie se presentaron aquella noche en los salones principales de Madrid. La rifa de las preciosas alhajas que se sorteaban en el palacio de Villahermosa (1) fue un aliciente que atrajo á aquel local una numerosa concurrencia. Paso en silencio algunos *apuntes* que lejos de embellecer una historia, merecen en ella una página en blanco, ó unas líneas de puntos suspensivos, y reseñaré solamente algunas de las máscaras mas notables.

Miraba yo atentamente una de ellas, que se distinguia por un elegante ropage blanco con un gorro colorado á la cabeza.—Mucho me miras, Fr. Gerundio; me dijo.—En efecto, máscara, me has llamado la atencion.—¿No me conoces?—No

(1) Consistia esta rifa en un estuche de una docena de cubiertos de plata, dos cucharones, un trinchanté, un cuchillon, dos candelabros, y un hermoso jacon suucero con doce cucharitas y tenazas; todo nuevo, y de la acreditada platería de Martínez. Segun van subiendo de valor las rifas de Piñata, el año que viene pienso que habrá que rifar alguna casa con jardín, y dentro de dos ó tres años el palacio de Villahermosa.

por cierto.—¿Con que no conoces á la *Libertad* en su propio traje (1)?—Así es que no te conocía.—No lo extraño, porque los españoles la veis siempre desfigurada.—Segun eso tu eres estrangera.—Creo que en el acento lo has podido luego conocer (2).—¿Y cómo te has atrevido á presentarte en público estando en estado de sitio?—Por lo mismo que no puedo andar sino disfrazada, aprovecho esta ocasion y estos lugares, únicos en que puedo dejarme ver. ¿Me has visto en alguna otra parte?—*Si te he visto, no me acuerdo.*—No, no me has visto, y ya puedes decir que no has visto la *libertad* sino vestida de máscara.

Al decir esto la sacó á bailar otro máscara vestido de *chapelgorri*, y así me dejó. Yo entretanto me entretube en observar las demás que por allí andaban; y llamáronme la atención una porcion de boinas, encarnadas unas y blancas otras; no me sorprendió seguramente encontrar en el mismo recinto en que se traía en danza la *Libertad* los distintivos de los defensores del absolutismo. Acerquéme á algunos de ellos, y vi que todos iban en traje de vizcainos. Me alegré de hallar representantes de la provincia de Vizcaya en las máscaras, ya que en las *córtes* no los tenga (3). Llevaban además un escapulario cruzado en forma de tabalí, que por llevarlo todos inferí sería prenda de uniforme. Vi-

(1) Habia realmente una máscara con este traje.

(2) Tenia efectivamente el acento estrangero.

(3) La provincia de Vizcaya no ha hecho elecciones de diputados.

nóseme á la memoria el escapulario del Carmen que Muñagorri dió á todos sus soldados cuando levantó aquel batallón enciclopédico, aquellas tropas en mosaico con que proclamó *Paz y Fueros*, y me animé á preguntar á uno si eran Muñagorristas, á que me contestó que nó: si eran procoentes del Convento, y tambien me respondió negativamente. Por último me manifestó que habian ido allí buscados por la empresa del baile para cantar un *Zorcico* por el tono de *fueros*.

A poco rato, y concluido aquel rigodon, volví á ver la máscara de la Libertad que iba agarrada del brazo de una beata. «Así me gusta, máscara, la dije; la verdadera libertad debe ir acompañada de la religion, y apoyarse en ella.—Dices bien, Fr. Gerundio, me contestó la beata; y así se lo estoy diciendo á mi pareja. Pero tu acaso no nos habrías visto juntas hasta ahora.—*Si os he visto, no me acuerdo.* Parecidas á vosótras las he visto unidas algunas veces, aunque menos de las que yo quisiera; y ojalá vosótras no os separárais jamas!—Y decidme, máscaras (les pregunté al oído), ¿quien es este fantasma del dominó negro que está detrás de vosótras tan plantado?—No lo sé, respondió la *Libertad*. Me ha estado persiguiendo toda la noche. Su máscara es como la mia.—Pues antes traía otra igual á la mia, dijo la beata, y se empeñaba el importuno en que yo le había de dar el brazo.—El fastidioso del máscara! dijo ya un tanto atufada la *Libertad*: parece al Despotis-

mo, que unas veces me persigue con máscara de libertad, y otras con careta de religion.

Admirando estaba ya interiormente, yo Fray Gerundio el amigo de las dos, el desparpajo de aquella parejita, cuando en esto que pasa por alli Galiano, y le dice la máscara del gorro colorado: ¡á Dios, á Dios, ex-amiguito, á Dios.—Ola! ¿Ha sido amigo tuyo ese, hé, picarilla?—Si, en tiempos.—¿Y tuyo? le pregunté á la beata.—¡Mio!—¡Qué, hija? Las beatitas tambien podéis lícitamente tener amigos; si hubiera dicho amante, podrias ofenderte.—A Dios, á Dios, Fray Gerundio; que no te olvides de nosotras. Y desaparecieron entre la confusion de la multitud, persiguiéndolas siempre el importuno fantasma de la doble careta.

Habia otras máscaras con ropages blancos, y otras con gorros, que se parecian algo á la *Libertad*, y demostraban que habian querido imitarla ó contrahacerla; pero se conocia á primer punto de vista que eran abusos mas que otra cosa. Las demas eran máscaras y disfraces de mas ó menos gusto, pero de los que se han visto en casi todas las funciones en aquel mismo local. Mi paternidad no aguardó á presenciar la rifa, ni á oír los zorcicos, porque el oficio de revisor le llamaba á otra parte; y dejando alli como cosa de tres mil personas en estado de sitio, trasladé mi humanidad reverenda á los salones de Oriente.

— Dos cosas habian escitado extraordinariamente

la espectacion pública de Madrid el domingo de Piñata; el caballo que se iba á rifar en el baile de Oriente, y la admision del conde de Toreno en las córtes como diputado. Ambos objetos estuvieron en berlina toda aquella tarde: el caballo en el pórtico del teatro, y el conde en su escaño del congreso. Uno y otro tuvieron precision de oír el juicio que cada uno de cada uno hacia. Pero la admision del caballo por nadie fue contrariada ni combatida, ni sé que nadie encontrara en él tacha legal. La de Toreno fué sumamente reñida y batallada. El caballo era un caballo de rifa, la admision de Toreno se hizo un caballo de batalla.

Para la primera plaza de sereno que vaque, me tomo la libertad de recomendar al excelentísimo ayuntamiento al Excmo. Conde de Toreno; porque voto á mi santo hábito, que en la tarde del domingo acreditó tener mas serenidad él solo que todos los 300 serenos juntos que haya en Madrid. Pues un hombre que tuvo serenidad para oír de boca del diputado San Miguel: «el conde de Toreno pasa aqui en el Congreso, en la España, en la Europa entera por un hombre impuro: «Y habiendo sido acusado solemnemente y no habiendo dado un solo paso para justificarse, digo que el señor conde de Toreno ó es un hombre que tiene la conciencia manchada, ó que profesa el mas profundo desprecio á la opinion pública:» digo yo tambien que un hombre que tuvo sereni-

dad para oír sin inmutarse estas y otras flores semejantes con que le obsequiaron los de la oposición, ó tiene una *despreocupacion* á prueba de mortero, ó es un alma privilegiada, ó la tiene como el caballo de la rifa. Pero de esta *sesion de piñata* veo que mi paternidad no tiene lugar de hablar hoy. Baste por ahora decir que la mayoría abrió las tragaderas, y admitió en su seno ó ventriculo al conde de Toreno.

Espantosa fué la concurrencia que el tal caballo atrajo á los salones de Oriente. Habíase anunciado en los diarios que no se espunderian más que cuatro mil billetes, pero pienso que no bajaban de siete mil electores los que se admitieron en el distrito. La empresa debió tomar por modelo á algunas diputaciones provinciales en la pasada lucha electoral, pues el colegio de Oriente se vió con un número tan asombroso de concurrentes que parecia la segunda edicion de las áctas electorales de Orense ó Pontevedra, donde cada año aparecen tres mil sufragios mas (1). Así es que aquello estaba indomable. Las gentes no podian moverse por ambulacion, sino por oscilacion, como se mueve en los campos los centenos muy crecidos en dias de viento, ó por empuje como las máquinas. El ambiente que se respiraba no era gas, sino jaletina: para aspirar aire habia

(1) Por supuesto que aunque hubo aumento de entradas, los billetes escedentes como que no tenían número que diese derecho á opcion á tener parte en el sorteo.

que salir (si se podía) á alguna de las puertas, como saltan los peces del agua en las tardes abochornadas del estío. Y cuando uno lograba moverse algo, iba haciendo con su cuerpo figuras tan irregulares como los signos de los taquígrafos. En las salas de ambigú el que tenía la felicidad de asaltar una mesa y contaba con numerario, podía comer salmon y beber champaña; el que nó, tenía que comer humo y beber mefitis.

Abundaban los *apuntes* para servir á la historia de las *Piñatas*; pero si de todos aquellos *apuntes* se quisiese formar una historia, saldrían mezcladas páginas de oro con hojas ferrugientas. Mi paternidad se lanzó de aquel laberinto remando con los codos más que con los pies, y se retiró á su celdita á hacer estos *apuntes* (que el papel no permite alargar más), dejando aquel campo agramantino en lo más recio de la contienda. La puntadita de la capillada última sobre los favoles había surtido su efecto, pues estaban todos alumbrando á una hora en que no lo tienen de costumbre. A las nueve de la mañana del lunes primero de cuaresma todavía se retiraban del último baile de carnaval los madrileños declarados en estado de sitio.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes,

IMPRESA DE MELLADO.